



# Miguel Artola, la Historia con mayúscula

**Legado.** Maestro de historiadores, cuatro de ellos, incluido su hijo, examinan el legado del catedrático donostiarra, uno de los últimos gigantes intelectuales que ha dado este país

IÑIGO URRUTIA



Donostiarra. Miguel Artola observa la bahía y Santa Clara desde Urgull.

La muerte del historiador Miguel Artola (San Sebastián, 1923), uno de los renovadores fundamentales de la historiografía en España durante los años 50-60 del siglo pasado, ha actualizado esta semana su impronta y legado en generaciones posteriores de historiadores, así como el valor de sus contribuciones para interpretar el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa y liberal en el convulso siglo XIX español. Una trayectoria jalonada de reconocimientos desde las cátedras en Salamanca, donde forjó una estrecha amistad con Koldo Mitxelena, otro gigante, y la Autónoma de Madrid.

Ricardo Artola, historiador y director de la editorial Arzalia, aclara que el fallecimiento de su padre no se produjo como consecuencia del coronavirus: «Ni estaba enfermo ni fue por el coronavirus. Supongo que la muerte siempre está en cualquier esquina, pero a ciertas edades es más una sombra que uno lleva pegado que un extraño con el que uno se topa».

Y subraya que más allá de su trayectoria intelectual, Miguel Artola encarnaba tres rasgos de los que se enorgullece: «En primer



Miguel y Ricardo Artola.

lugar, su generosidad con todo el mundo, algo que ha señalado mucha gente en el momento de su muerte. También su falta de vanidad que contrastaba con sus virtudes reconocidas. Además, era una persona a la que nunca oí hablar mal de nadie, actitud que era, en sí misma, una lección de vida. Y era un ser polivalente: editor, fotógrafo, navegante, contador de historias, buen nadador, viajero...»

El historiador Luis Castells Arteche da fe de esa generosidad en el siguiente episodio: «Estando en Salamanca en el curso 1969-1970, él como catedrático y yo como alumno, aunque yo estaba en un grupo al que no daba clase, hubo una acción de protesta contra las autoridades académicas con pintadas. La Policía manejaba una hi-

pótesis sobre los autores que resultó bastante certera, presunción, por otra parte, no muy complicada pues los estudiantes levantiscos, por su escaso número, eran fácilmente identificables. La Brigada Política Social (BPS) exigió ver las fichas de determinados alumnos para, cotejando la escritura, identificar a los autores. Según la Policía, entre ellos estaba yo. Aquí intervino Artola que con su 'auctoritas' les explicó que mi letra, muy singular desde luego, no se correspondía con ninguna de las de las pintadas».

Aquella intervención resultó providencial para que Castells no fuera expulsado de la Universidad. Lo curioso es que esa intervención la conoció Castells por boca de Koldo Mitxelena. «Miguel nunca me la relató y cuando años después se la comentaba, me miraba circunspecto, sin decir nada, pero sin negarlo».

## Nazis en La Bretxa

El hijo del autor de 'La burguesía revolucionaria (1808-1874)' recuerda la perenne vinculación familiar con San Sebastián a pesar de que su padre primero marchara a Salamanca y posteriormente a Madrid. Los recuerdos donos-

## DATOS BIOGRÁFICOS

► **Miguel Artola** (San Sebastián, 1923-2020). Catedrático de Historia de España en la Universidad de Salamanca (1960) y de la Universidad Autónoma de Madrid (1969).

► **Reconocimientos.** Doctor honoris causa por la EHU/UPV (1989) y Salamanca (1992), Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1991) Premio Nacional de Historia (1992)...

► **Algunas obras.** 'Historia de España', 'La burguesía revolucionaria (1808-1874)', 'Los afrancesados', 'Los orígenes de la España contemporánea', 'Historia de Donostia' (ed.)...

tierras de Artola se remontaban a su adolescencia, a la imagen grabada a fuego de la 'ocupación' nazi de la ciudad, como cuando los alemanes se enseñorearon del mercado de La Bretxa: «Sí, ese episodio le impresionó mucho. El Ejército alemán estaba al otro lado de la frontera y la cruzaba para abastecerse de ciertos productos en San Sebastián. A él le encantaba

la fruta, y especialmente las naranjas. Recordaba de aquella época (primerísimos años 40) cómo un enorme Mercedes descapotable del Ejército estaba aparcado junto al mercado de la Parte Vieja. Los soldados alemanes compraban naranjas por cajas y las volcaban en todos los huecos libres del vehículo, sin conservar las cajas, para poder llevarse más fruta. Era un sueño para cualquiera en aquella terrible posguerra».

Ricardo Artola nació en Salamanca, en cuya universidad su padre ejerció como catedrático entre 1960 y 1969, antes de incorporarse a la naciente Autónoma de Madrid. Aquella distancia física no empañó su raigambre donostiarra: «Pasé todos los veranos de mi infancia y juventud en San Sebastián. Allí mi padre siempre nos transmitía su visión de cómo había cambiado la ciudad durante su vida y vinculaba los principales hitos con la historia de la ciudad: la quema el 31 de agosto a cargo del ejército inglés, el descubrimiento de la playa por la familia real en el siglo XIX, la construcción de Gros como un barrio nuevo, etc. Además, él era historiador de la ciudad». Y sin duda el de mayor reconocimiento acadé-



## REACCIONES

**Luis Castells Arteche**  
Catedrático de Historia  
Contemporánea

### «Rompió moldes de una historiografía anquilosada»



Luis Castells, catedrático de Historia Contemporánea en la EHU/UPV, resalta el papel singular que desempeñó Miguel Artola en la renovación de la historiografía española en los años 60-70 y su papel pionero «pues rompió con los moldes tradicio-

nales de una anquilosada historiografía española, nacionalista y autárquica, para introducir una nueva concepción de la historia en diálogo y conexión con las ciencias sociales».

Castells, que mantuvo una estrecha y prolongada amistad con Artola, señala entre sus contribuciones «sus trabajos semanales sobre el tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad burguesa en España concebida como una revolución liberal que trajo consigo una radical transformación de la sociedad y la aparición de la monarquía parlamentaria».

El catedrático donostiarra coincidió además con Artola en la junta directiva de la Asociación de Historia Contemporánea. «Ahí tuve también la suerte de conocer otra de las facetas de Miguel, su capacidad de liderazgo, sus dotes para llevar a buen puerto empresas académicas con singladuras complejas. Los números de la revista de la asociación que entonces empe-

zó a salir bajo su dirección, 'AYER', pasaban con mucha antelación bajo su estricta revisión, manteniendo Miguel una altísima exigencia de calidad. Aún recuerdo a profesores hechos y derechos teniendo que esforzarse para convencer a Miguel de la pertinencia de tal o cual número o artículo».

El liderazgo y el rigor convergieron en obras colectivas de envergadura: «Alguna de ellas era especialmente compleja por la densidad temática y cronológica como ha sido La Enciclopedia de la Historia de España en cinco volúmenes. Solo una persona como Artola podía abordar ese difícilísimo empeño, para lo que hizo falta no solo su reconocida autoridad, sino también el estilo que tenía en la dirección de las cosas, a saber, la claridad en el diseño del proyecto, la estructura de la obra perfectamente perfilada, las directrices generales que debían seguirse, así como el quién y el cómo abordarlo», concluye Castells.

**Txema Portillo**  
Historiador

### «Ajeno a la imagen del catedrático mandarín»



Txema Portillo, discípulo de Pablo Fernández Albadalejo, que a su vez lo fue de Miguel Artola, pondera su magisterio docente e historiográfico.

– **Miguel Artola fue un historiador que no necesitó morir para que fuera reconocido como uno de los renovadores de la histo-**

**riografía en España.**

– Incluso diría que al contrario, Artola fue mucho más relevante para la historiografía entre la década de los setenta y los noventa del siglo pasado que para las generaciones mileniales de historiadores. Sin embargo, los estudiantes de Historia siguen llegando a las facultades con un relato aprendido en el Bachillerato que está mucho más cerca del paradigma artoliano, que de las interpretaciones y cuestiones que, como es lógico, acaban interesándoles más. El motivo es la solidez del paquete explicativo completo que ofreció Artola de la historia de España.

– **¿Cuáles considera que fueron sus aportaciones decisivas?**

– Diría que hay tres que sobresalen entre las muchas que proporcionó una dilatada e intensa vida profesional. La primera, restablecer el lugar historiográfico de la historia del liberalismo en España. En los años cincuenta en España lo último que se esperaba de un historiador académico era que escribiera sobre los afrancesados

(1953) y sobre los orígenes liberales de la España contemporánea (1959). En segundo lugar, ofrecer un relato histórico del siglo XIX en el que los sujetos sociales (burguesía, campesinado, proletariado, nobleza) encontraban su lugar junto a las instituciones (parlamento, gobierno, monarquía) y el derecho. En tercer lugar, un rigor metodológico en el tratamiento de unas fuentes (prensa, memorias, programas políticos, datos económicos) que habían sido pignoradas por una historiografía volcada en la Edad Media y la Edad Moderna.

– **¿Cuál fue su relación académica y personal con Artola?**

– Estudié en la Autónoma en los años ochenta y conocí a un Artola en su madurez historiográfica. Ajeno a la imagen del catedrático mandarín, transmitía una austeridad académica tanto por sí como a través de quienes fueron los maestros de mi generación en la Autónoma (Pablo Fernández Albadalejo, Manuel Pérez Ledesma, José María Donézar...).

mico. Él se encargó de coordinar 'Historia de San Sebastián' (Edit Nerea, 2000).

### Aperitivo en el Bay Bay

Para Miguel Artola, el reencuentro con su ciudad era ineludible. «Iba todos los veranos, siguiendo un ritual que forma parte del acervo familiar. Solía llegar en torno a San Fermín y ya en los últimos años se volvía justo antes de la Semana Grande porque le agobiaba tanta gente».

«Le gustaba pasear, –prosigue– comer en sus restaurantes favoritos, tanto de la ciudad como de las afueras, bañarse en La Perla

(donde compartió todo con la familia Ibeas durante décadas) e ir de pinchos. Otro de los rituales era tomar el aperitivo en el Bay Bay antes de ir a la playa». Estuvo por última vez en Donostia en diciembre «y anhelaba ir en cuanto lo permitiera la desescalada».

A pesar de que comenzaba a frisar el centenario, Artola no cejó en su empeño de trabajar hasta el final. «Era admirable porque seguía sentándose a diario, casi hasta el final, en su despacho, como si aún estuviera haciendo una carrera de historiador. En su última etapa estaba enfrascado en revisar las bases del Antiguo

Régimen en Francia».

El portavoz familiar, que quiere expresar su «profundo agradecimiento a todos los que lo han recordado con enorme cariño, y así nos lo han transmitido a sus hijos, también es historiador y editor. ¿De tal palo tal astilla? «Mi padre fue editor de joven y, aunque no sacó adelante su proyecto editorial, le quedó un gusto por todo lo relacionado con la edición: sabía de tipos, categorías y acabados. Y ese gusto por 'la tinta' me lo transmitió. Además, gracias a él entré a trabajar en Alianza Editorial, por lo que se puede decir que soy editor por su culpa», concluye.